levisa. La Red de Justicia Tributaria trabaja sobre la forma en que las empresas evaden impuestos colocando ganancias en paraísos fiscales o abriéndose nichos tributarios cómodos para diferir el pago de impuestos de forma indefinida.

Algo que no se ha resuelto con las liberalizaciones es la tasa de inversión real. No ha variado significativamente. Allí donde ha sido alta históricamente, sigue alta. Y donde ha sido baja, sigue baja. No hay grandes cambios en la tasa de inversión. El cambio de propiedad de los activos no modificó la inversión real. El empleo, otro objetivo de las reformas, tampoco se ha visto afectado. Los niveles de desempleo estructural, encubierto como autoempleo, han crecido en la última década y media, así como las emigraciones. Por último, los flujos de capitales deberían ser del Norte al Sur, como se espera en la teoría; sin embargo, lo que se observa es que la IED ha descremado más dinero que el neto que ha invertido en las últimas dos décadas y media, en todo el mundo.

Si el objeto de las reformas fue que los agentes compitieran y los mejores ganaran, lo que ocurrió fue una transnacionalización y monopolización de las economías, sea en la forma de capitales nacionales normalmente asociados a extranjeros o extranjeros. La transnacionalización del capital es la nueva regla, con el sello que sea, y la privatización del Estado, su característica más general. Este libro de Fernández y Hogenboom plantea más preguntas que las que contesta, y nos deja con la interrogante sobre los modos de avanzar en un nuevo mundo de capitales reconcentrados y monopólicos.

ÓSCAR UGARTECHE

REFERENCIAS

- Ashraf, A., "Charisma, Theocracy, and Men of Power in Post-revolutionary Iran?", en Weiner M. y Banuazizi A. (eds.), *Politics of Social Transformation in Afghanistan, Iran, and Pakistan*, Syracuse, Syracuse University Press, 1994, pp. 101-151.
- Cartier Bresson, Jean, "Corruption, Libéralisation, Démocratisation", *Tiers Monde* t. XLI, núm. 161, enero-marzo de 2000, pp. 9-23.
- Chandler Jr., Alfred D., *Strategy and Structure: Chapters in the History of the Industrial Enterprise*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1990.
- García Hamilton, José Ignacio, *El autoritarismo y la improductividad en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002.
- Jomo, K. S. et al., *Southeast Asia's Misunderstood Miracle: Industrial Policy and Economic Development in Thailand, Malaysia and Indonesia*, Boulder, Col., Westview Press, 1997.
- Mauro, Paolo, "Corruption and Growth", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 110, núm. 3, agosto de 1995, pp. 681-711.

Sutherland, Edwin H., "La delincuencia de grandes empresas", *Nómadas*, núm. 1, *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, en <http://www.ucm.es/info/nomadas/1/sutherland1.htm>

———, *Principles of Criminology*, Indiana University Press, 1939.

Thurrow, Lester (ed.), *The Management Challenge: Japanese Views*, Cambridge, MIT Press, 1987.

Ugarteche, Óscar, *Adiós Estado, buenos días mercado*, Lima, FES, 2004 (2ª ed., 2005).

———, *Vicios públicos. Poder y corrupción*, Lima, FCE, 2005.

Laurent Joffrin, *Histoire de la gauche caviar*, París, Robert Laffont, 2006, 210 pp.

En Francia hay una categoría social y política llamada *gauche caviar* (izquierda caviar). Se localiza dentro de la gran familia de la izquierda, junto a socialistas, comunistas, sindicalistas, militantes, miembros de ONG, defensores de los derechos humanos, "altermundialistas" y demás miembros. Su rasgo esencial es la contradicción, la paradoja, lo híbrido; en el nombre mismo del grupo aparece esa marca: "izquierda caviar" es un oxímoron que reúne la lucha contra el orden social con el símbolo de la riqueza. Esa naturaleza dual le ha ganado el odio y el rechazo tanto de la derecha como de la izquierda; para revolucionarios y burgueses, la *gauche caviar* es el nombre *chic* de la traición. En un primer momento, podemos definir a este grupo como la parte progresista de la élite, es decir, aquellos individuos que, a pesar de su posición privilegiada, de sus propiedades y riquezas, de la comodidad con la que viven cada momento, deciden rebelarse contra su destino de clase y unirse al combate por la igualdad, por los derechos humanos y sociales, por todas aquellas causas que la izquierda francesa y europea han defendido a lo largo de los dos últimos siglos.

Laurent Joffrin, director de la redacción del semanario *Nouvel Observateur*, nos ofrece en esta obra un retrato de esa "nobleza del dinero y de la inteligencia". En apariencia un tema frívolo, para el autor esa izquierda es un fenómeno superficial que expresa una realidad profunda y deja ver las grandes evoluciones de la sociedad; ese pequeño grupo ha desempeñado un papel importante, a veces decisivo, en la historia política de Francia y de Occidente. El surgimiento de la izquierda caviar permite comprender lo que ha sucedido en las prósperas e injustas sociedades occidentales desde hace dos siglos. Preocupado de manera especial por las últimas décadas, el escritor y periodista francés nos revela el objeto del libro: "a partir de un asunto frívolo, se llegará al corazón de un gran tema de actualidad: el dramático debilitamiento del campo progresista en las democracias. La izquierda caviar descarriló a la izquierda; he ahí nuestra tesis" (p. 10).

El libro está dividido en diez apartados más una introducción y una conclusión. En ésta, Joffrin reflexiona sobre el camino que debería tomar la izquierda intelectual para recuperar su influencia y utilidad; en aquélla, enumera sus rasgos esenciales además de ofrecer un diagnóstico de su situación actual.

Sobre este punto, a las características ya mencionadas, agreguemos que la *gauche caviar* es una izquierda de todo tiempo y lugar: en Alemania es la *toskaner Fraktion*; en Inglaterra es la *champagne left* y en Estados Unidos sus miembros son los *5th. Avenue liberals*. De todo tiempo porque incluso antes del inicio de la Revolución francesa, varios miembros prominentes de la clase propietaria demandaban reformas sociales y mayor participación de la clase dirigida. Asimismo, durante el siglo XIX y buena parte del XX, republicanos, radicales y socialistas encontraron sus cuadros e intelectuales entre la gente de clases medias o altas. Sólo los comunistas han practicado el obrerismo.

Otro rasgo presente desde hace dos siglos es la denuncia constante, justificada o no, de ese origen o de una condición social superior adquirida. En algún momento de sus vidas, los personajes retratados en este libro fueron acusados de burgueses por la izquierda y de traidores por la derecha. Para quienes los critican desde la izquierda, su dinero o sus propiedades son el indicio de un falso compromiso, el signo de una fe de circunstancia, la marca de un apátrida de la política, de un “mercenario de lujo sin color ni raíces” (p. 12). Las recriminaciones suelen volverse más acres pues muchos son de origen judío o protestante. Sobre este punto, Joffrin elabora una comparación muy interesante: de la misma forma en que a una parte de la derecha le desagrada que un hombre carezca de identidad nacional bien definida, una parte de la izquierda detesta a los hombres sin identidad social hecha, derecha y coherente, como si la pureza de la clase asegurara lealtad y rectitud en el comportamiento político.

La izquierda política también desconfía de ella, sobre todo las autoridades y representantes populares; odian su moralismo, su desconocimiento absoluto de la realidad y de las necesidades políticas. Los expertos se fastidian ante intelectuales y periodistas que no han tenido que experimentar las decepcionantes resistencias de lo real.

Por su parte, la derecha considera a los miembros de la izquierda caviar como traidores y como sujetos peligrosos, ya que cuentan con recursos económicos, contactos y capacidad intelectual que podrían usar eventualmente contra sus intereses. El sector patronal, por ejemplo, la detesta pues conoce muy bien el mundo de los negocios, del cual se beneficia, aunque en la primera oportunidad lo traicione.

A pesar de toda esa desconfianza, no se le puede ignorar pues sabe demasiado, influye en la opinión pública y, sobre todo, es un laboratorio

informal de nuevas ideas. Según Joffrin, la izquierda caviar es un puente entre las ideas y el poder. De ahí su utilidad para la izquierda política y de ahí que su papel histórico deje de parecer irrelevante; en todas las etapas del progreso político y de los grandes avances sociales fue de gran ayuda para los demócratas y los socialistas.

Para ilustrar la verdad de este punto, Joffrin retrata, en diez apartados, a varios de los miembros más importantes de la *gauche caviar* en la historia. Estas pinceladas biográficas persiguen dos objetivos: primero, mostrar las múltiples formas que puede adoptar la “traición” de un individuo acomodado hacia su clase; segundo, probar la universalidad de la revuelta contra el privilegio desde el privilegio mediante la exposición de ejemplos de todas las épocas, incluso anteriores al nacimiento de la izquierda.

El primer personaje es Tiberio Graco, romano de nobles orígenes y acomodada posición que ante la dura realidad de campesinos y pequeños propietarios de tierra, decide emprender una carrera política para buscar que se apruebe una reforma agraria. Si bien logra su objetivo en el Senado, la presión de numerosos patricios atemorizados aumenta, generando divisiones dentro de la plebe, donde estaba la mayor parte del apoyo a Graco. Éste encuentra un trágico final a manos de una turba que se mostró más determinada y organizada que aquella que lo defendía. Algunos años más tarde, su hermano Cayo padecería la misma suerte.

Para Joffrin, los hermanos Graco presentan todos los rasgos que hoy se le atribuyen a la izquierda caviar: eran ricos y conservaron durante toda su aventura el estatus y el bienestar material ligados a la condición nobiliaria; nada los predisponía a tomar una actitud de rebeldía, nada excepto el interés o la fascinación por nuevas doctrinas, más altruistas y racionales.

Por otra parte, hay tres elementos que explican la trayectoria de los Graco, al igual que la de la izquierda caviar a lo largo de la historia. El primero es la fuerza de las ideas y no el frío determinismo de las estructuras sociales (crítica al marxismo). Un segundo elemento es la ambición; para los Graco, su ascenso impulsado por la plebe les habría permitido disponer de más poder. Esta actitud vuelve ambivalente el actuar de la “alta” izquierda pues se moviliza por un ideal sin olvidar nunca que ella misma se formó, ante todo, en los juegos de poder; “*lutte des classes et lutte pour les places*” (“lucha de clases y lucha por los puestos”; p. 28). Un tercer elemento es el deseo de conservar lo esencial. La izquierda caviar evita cuidadosamente caer en soluciones extremas como integrarse a una guerrilla. Cree en la reforma y no en la revolución. Esta actitud es constante en la fracción iluminada y reformadora de la clase superior: mejorar el orden social, volverlo aceptable para controlarlo mejor, cambiar para consolidar, reformar para consolar.

En el segundo apartado, Joffrin se ocupa de la época de la Ilustración. Si se detiene en el París de mediados del siglo XVIII, a pocas décadas de la Revolución, es porque considera que en esos momentos nace la *gauche caviar*. Es en el salón de Mme. Du Deffand o en el de Mme. Geoffrin, en medio del lujo y refinamiento más acabados, donde maduraron las nuevas ideas y se marchitaron los viejos principios. Esas ideas, que minarían las bases del Antiguo Régimen, nacieron en el corazón de la alta sociedad, no entre burgueses calculadores. En la página 33, el autor nos dice: “Diderot, Voltaire, Rousseau, D’Alembert, eran el adorno de la buena sociedad antes de volverse sus destructores”. Joffrin identifica a Voltaire como el padre de la izquierda caviar pues es el mejor ejemplo para ilustrar esa paradoja entre pertenecer a una clase y minarla en sus fundamentos. El autor de *Zadig* y sus amigos no hicieron lo que hicieron por interés; su posición social ya estaba asegurada cuando comenzaron a conspirar contra el viejo orden. De aquí la paradójica fuerza y la eficacia histórica de los miembros de la élite que se separan de la élite: no tienen gran cosa que ganar en lo material; la satisfacción narcisista y moral les basta.

En el tercer apartado, el autor se ocupa de la trayectoria y participación en los acontecimientos clave de finales del siglo XVIII de tres personajes: La Fayette, Talleyrand y Philippe d’Orléans. Si recordamos la definición de la *gauche caviar*, la fracción progresista de la clase dirigente que actúa en el mismo sentido que las clases dominadas, podemos deducir que para 1789 esto quería decir la parte de la nobleza defensora de los derechos del hombre y de la libertad. Tanto La Fayette como Talleyrand podrían haber permanecido fieles a sus orígenes; su energía y talento los destinaban a los cargos más altos del viejo régimen. No obstante, prueba de la soberanía de las decisiones, escogieron el nuevo orden, la Revolución. Cabecillas de la tropa que va a precipitar desde el interior la caída del Antiguo Régimen al adherirse a la Revolución, formaron alrededor de ellos una falange de nobles liberales y curas abiertos a las nuevas ideas para después abandonar públicamente su clase social y adherirse al tercer estado.

En el cuarto apartado, Joffrin se ocupa de la generación literaria de 1815 a 1848 mediante el estudio de algunas de sus figuras más importantes como Eugène Sue, Alexandre Dumas y Victor Hugo. Al hablar del segundo, el autor nos ofrece una caracterización más de la extraña clase a la que pertenece: “Él es la imagen de su medio, el de la literatura romántica, que pasó del rey al pueblo a través de una vida de fiestas y de batallas de salón” (p. 62). Para la izquierda caviar, la existencia precede a la esencia: las ideas iniciales, los prejuicios de clase, las convicciones heredadas no determinan la vida de la élite progresista; es la vida la que forja sus ideas, es “el ballet de las elecciones individuales al compás de la música de los eventos” (p. 59). En

1830 y 1848 muchos de esos escritores ricos y poseedores de títulos se volverán revolucionarios, pasarán de la derecha literaria a la izquierda caviar.

En el apartado cinco el actor principal es el *affaire* Dreyfus y la conmoción que supuso dentro de la *intelligentsia* francesa. Además de ofrecernos una crónica detallada del caso, Joffrin estudia con atención a Georges Clemenceau y a Émile Zola. Una de las facetas más importantes del *affaire* es que engendró una nueva figura en el escenario nacional: el intelectual, es decir, este personaje tan peculiar que sale de su campo de especialización para ocupar la arena política. El intelectual conquista su notoriedad en el ámbito académico, en la universidad o en la república de las letras, para después ponerla al servicio de una causa que considere esencial. El *affaire* proyectará al primer plano al intelectual de izquierda. Al decir “intelectual” se piensa que forzosamente es de izquierda, sin embargo, durante la primera mitad del siglo xx había intelectuales en ambos bandos y la derecha reclutó plumas tan brillantes como el campo opuesto. Únicamente el deshonor de Vichy va a inclinar la balanza a favor de la izquierda, y esto por mucho tiempo.

Al inicio del apartado seis, al preguntarse nuevamente por el sentido de las decisiones de unos y otros (“¿no se supone que, si el orden social te favorece, lo defenderás y viceversa?”), el autor reitera la idea que recorre el libro: hay una izquierda que no viene del mundo de los desfavorecidos, que vive al lado de los ricos y poderosos y que, no obstante, desempeña un papel subversivo en el movimiento de la historia. La trayectoria que estudia en esta sección es la de John Maynard Keynes, “el hombre que revolucionaría la economía política y que haría más por los obreros que todos los Lenin de la Tierra” (p. 89). Los trabajos de Keynes, así como la posterior aplicación de sus principios más importantes por casi todos los gobiernos occidentales después de la Segunda Guerra Mundial, hicieron más por la suerte de los más pobres que incontables acciones militantes o políticas conducidas por aquellos que se reputaban de estar más a la izquierda que los reformistas keynesianos.

En el apartado siete, Joffrin salta el Océano Atlántico para estudiar a dos grandes personajes: Franklin Roosevelt y John F. Kennedy. Miembros de familias multimillonarias y ya con experiencia en la política, ambos hombres aprovecharán sus recursos ilimitados, su carisma personal (y el de sus esposas) y su *savoir-faire* con los medios de comunicación para llegar a la presidencia de la nación, dejando una profunda huella en la historia política y social de su país. Asimismo, su estilo, sus ideas, su espíritu y su voluntad de alcanzar el mayor éxito en la cima de la sociedad, aunada a una compasión jamás negada por las clases pobres (no era únicamente una cuestión de cálculo electoral sino una tradición política y familiar), engendraron una descendencia de varias generaciones de políticos.

El apartado ocho comienza constatando un hecho: ninguno de los líderes principales del movimiento obrero francés (Jaurès, Blum, Mendès, Mitterrand) ha sido obrero o de origen obrero; durante todo el siglo xx, los burgueses dirigieron a la izquierda democrática. Para entender esto, el autor nos remonta a los inicios del movimiento obrero: en aquella época de explotación despiadada, había que tener tiempo y cierta formación para poder escribir, teorizar y argumentar; los obreros no tenían ni uno ni otra. Esto explica que, en general, sus representantes vinieran de la burguesía culta y próspera. A su vez, la clase obrera daba la bienvenida a este tipo de apoyo; los obreros se felicitaban por haber incorporado en sus filas a cuadros y voceros tan preparados (el propio Marx estaba contra el obrerismo).

Una vez que analiza la trayectoria de Jean Jaurès, Léon Blum y François Mitternad, el autor se pregunta cuál es el balance de esta izquierda democrática conducida por burgueses. Su respuesta es que no tan malo, sobre todo si se compara con el de la izquierda radical en sus dos ramificaciones. La pureza obrerista y revolucionaria de los comunistas nunca desembocó en otra cosa que no fuera tiranía o impotencia; por lo que toca a los trotskistas, aunque su programa sea admirable por su perfección doctrinal, sus integrantes se negaron a extraer las lecciones del fracaso estrepitoso de sus enemigos en el interior del bolchevismo; no aprendieron ni olvidaron nada de 1917.

La obra del reformismo, por más insuficiente que le parezca a los revolucionarios, es el patrimonio del pueblo. Los miembros de la izquierda caviar preservaron la democracia, reformaron a la sociedad, mejoraron la condición popular, humanizaron el capitalismo, contribuyeron a construir una Europa unida y le dieron al pueblo de izquierda una dignidad política que el largo dominio de la derecha desde 1958 le negaba. En palabras del autor: “el balance histórico [de su experiencia] es brillante a menudo, a veces heroico, muchas veces decepcionante pero siempre honorable. En comparación con el del estalinismo o el de la izquierda extrema, es abrumador” (p. 127).

En el noveno apartado, Joffrin describe los distintos medios o tribus que pueblan la *gauche caviar* y nos cuenta un poco sobre algunas de ellas: tenemos el mundo de los intelectuales, el de los patrones, el de los editores, el de los políticos y el de los periodistas. Dicho de otra forma, el autor elabora la geografía de esta izquierda; hay que saber de qué estamos hablando pero, sobre todo, de quién.

Así, llegamos al último gran tema de la obra: si bien la izquierda caviar había desempeñado un papel positivo en la historia, dejó de hacerlo en los años noventa. Alejada ya del pueblo por su modo de vida, terminó de cortar todo vínculo con él en las últimas dos décadas. Joffrin intenta explicar las

razones de esto. Podemos empezar por constatar que muchos de los intelectuales franceses, desde hace dos décadas, presentan una misma carencia: se apasionan por todo menos por lo social. Aquel que habla sobre ese tema aparece como un nostálgico o un amargado; los grandes asuntos del momento son internacionales o culturales. El gran error, ideológico y político, fue haber dejado el campo libre a los liberales en lo que se refiere a lo económico y a lo social. A pesar de los dos septenios de Mitterrand (1981-1995) y de los cinco años de Lionel Jospin como primer ministro (1997-2002), la izquierda fue incapaz de oponer al modelo liberal un modelo alternativo moderno e igualitario. La dolorosa confirmación de ese fracaso fue el desastre electoral de 2002.

Aunque la izquierda caviar vivía aislada de las clases pobres, al menos geográficamente, nunca se había separado de ellas políticamente. Todos aquellos personajes que Joffrin ha citado, y muchos más, vivían como burgueses pero elogiaban al pueblo y emprendían su defensa. Incluso era su razón de ser: vivir en lo alto de la sociedad pero tendiendo la mano a los de abajo. A partir de los años ochenta, todo cambia. La razón de esto es económica. El movimiento de la globalización, efectivo en lo que hace al crecimiento y al desarrollo de la tecnología, ha afectado de manera muy dispar a los diferentes grupos sociales. Las brechas se han ahondado tanto al punto de romper viejos equilibrios (la izquierda caviar nunca había sido multimillonaria), además de provocar una separación total entre dos mundos que se cruzan pero que ya no se comprenden. En esta circunstancia, el error fue la abstención; la izquierda de la élite dejó que se desarrollaran estas desigualdades sin reaccionar. Frente a las limitaciones e injusticias aparejadas a la expansión del sector financiero, preconizó demasiadas veces la simple adaptación, es decir, la resignación. Muchos decidieron no mostrarse inquietos por el dominio creciente del sector financiero en la economía, por la explosión de las desigualdades, por los excesos del libre comercio o por los errores de la OMC. Era necesario ser “decididamente moderno”, es decir, adaptarse sin demoras a la globalización en sus modalidades más anglosajonas. Salvo unos cuantos (Touraine, Dubet, Wieworka), la izquierda intelectual siguió denunciando a la vieja izquierda, olvidando criticar y denunciar al nuevo capitalismo. La consecuencia fue grave: “El pensamiento crítico sobre el capitalismo desapareció en beneficio del pensamiento administrativo, es decir, de la ausencia de pensamiento” (p. 185).

Una distancia tan grande no puede perdurar sin provocar daños. Así, la izquierda burguesa carga sobre sus hombros una gran responsabilidad; de su renacimiento depende no únicamente la suerte electoral de toda la izquierda, sino también, en gran parte, la salud futura de la democracia francesa. Para reencontrar su utilidad, la izquierda caviar no tiene necesi-

dad de deshacerse del caviar; debe, sobre todo, volverse nuevamente de izquierda, es decir, reencontrarse con sus valores.

En las últimas páginas del libro, Joffrin reflexiona sobre las lecciones que la izquierda debe aprender y los caminos que tiene ante sí. En ambos temas, el fantasma que recorre la mente del periodista es el marxismo, que colocó un yugo demasiado pesado sobre la izquierda. Por ello, si tuviera que señalar una lección, sería la inanidad del marxismo ortodoxo. Sin la fuerza de las ideas, sin el azar del evento, no habría ningún compromiso de izquierda en lo alto de la sociedad; nada de Voltaire, La Fayette, Zola, Blum o Keynes. En el campo de la izquierda se ha sobreestimado el determinismo de las estructuras y la filosofía de la historia. Las luchas culturales, religiosas y políticas tienen un peso mucho mayor en la historia que el régimen de propiedad y las relaciones entre clases sociales; hay que tomarlas en cuenta pero no más que al choque de las ideas, la fuerza de la religión, la evolución de las costumbres, la voluntad de los individuos o el surgimiento del evento. En resumen, “las clases existen pero no hacen la Historia” (p. 195).

El carácter justo de las ideas socialistas no viene de la Historia. Es inútil buscar en la crisis del capitalismo la promesa de una victoria del socialismo. También es inútil ver en las clases pobres los agentes históricos de un cambio inevitable que conduzca a su emancipación. La izquierda no debe inducir sus principios de un análisis económico o social sino que debe deducirlos de una reflexión moral universal que valga para todos los hombres en todos los países. Regresando a los principios, olvidando el prejuicio del marxismo, los hábitos de la antigua doctrina, la izquierda vuelve a ser ella misma, es decir, ese gran movimiento de humanismo y de justicia que constituye su fuerza.

Algunos elementos que pueden ayudar en esta tarea son: serle fieles a la democracia pues no hay otro sistema para el bien del pueblo; el socialismo no releva a la democracia, la prolonga (p. 200). La intervención humanitaria es hoy el primero de los combates; en el orden de urgencia le sigue de cerca la acción sindical que ataca las crueldades del mercado y las desigualdades abismales del desarrollo. Asimismo, hay que creer también en los estados, las elecciones y las instituciones; son los políticos quienes hacen la ley, no las ONG. En resumen, no podemos cambiar el mundo sin tomar el poder. Si la izquierda de élite quiere reencontrar su legitimidad histórica, debe ligarse nuevamente al pueblo. La libertad no basta; la filosofía de los derechos del hombre está incompleta si olvida la igualdad real. La libertad en medio de injusticia social aparece como un remedio limitado, en ocasiones como una simple coartada. Es necesaria una verdadera izquierda portadora de una política que equilibre realismo e imaginación. La democracia tiene necesidad de principios, de referencias, de valores y de una voluntad que los haga respetar.

La lectura del texto es fluida y el estilo es elegante y claro. El autor logró equilibrar muy bien lo particular (todas las anécdotas son interesantes y algunas excepcionales) con lo general; las trayectorias de vida con la discusión sobre principios. El alcance del libro es mayor para quienes estén familiarizados un poco con la vida política y cultural de Francia. La única objeción que le haríamos es la laxitud del concepto "izquierda". En otras familias políticas hay también individuos preocupados por la justicia social y la erradicación de la desigualdad pero que no comulgan con los métodos, viejos y nuevos, de la izquierda política. Habría sido interesante presentar algunos casos de disidentes de la oligarquía que tomaron otros senderos de acción política.

FÉLIX G. MOSTAJO

Rubén Aguilar V. y Jorge G. Castañeda, *La diferencia. Radiografía de un sexenio*, México, Grijalbo, 2007, 389 pp.

Los balances de gobierno suelen venir de la crítica y de la academia; en esta ocasión se trata de un libro que no es propiamente un balance, sino el análisis de algunos de los principales conflictos que se dieron durante el sexenio de Vicente Fox, 2000-2006. Los dos autores desempeñaron altos cargos dentro de ese gobierno (el primer canciller y el último de los voceros).

La diferencia es un libro escrito con el objetivo de presentar, en nueve capítulos, la forma en la que se procesaban las decisiones en ese gobierno, supuestamente sin tomar partido, y mediante la exposición de las diversas interpretaciones. Sin embargo, el juicio de los lectores puede ser diferente del de los autores, porque, sin duda, hay tomas de posición, a veces veladas y otras de forma abierta. También hay un juego complicado entre la distancia y la cercanía del objeto de estudio, que lleva muchas veces a los dos autores a una ambigüedad entre el elogio y la crítica.

La diferencia no es un panfleto de alabanza a un gobierno, pero tampoco es una obra académica que se haya elaborado con los instrumentos de la investigación. Es un producto intermedio, ente el análisis político y el periodismo, basado en información de encuestas y entrevistas, y, al mismo tiempo, estructurado desde la óptica de los dos autores-participantes. Hay en el libro abiertas tomas de posición y críticas a otros actores de ese gobierno.

Quizá lo que más llame la atención del libro sea la recuperación de piezas con las que se puede reconstruir algunos de los principales resortes de ese sexenio. Al final, uno se queda con la sensación de que *La diferencia* es sólo una ilusión, un discurso de mercadotecnia. La mirada interna y casera de los autores se ve complementada con los datos que daban cotidiana-